

## **“Vieron y se quedaron con Él”: “Desposadas con Jesucristo Redentor” (R1)**

*“Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto vio a Jesús que pasaba por allí, y dijo:*

*– Este es el cordero de Dios.*

*Los dos discípulos le oyeron decir esto, y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, viendo que lo seguían, les preguntó:*

*– ¿Qué buscáis?*

*Ellos contestaron:*

*– Maestro, ¿dónde vives?*

*Él respondió:*

*– Venid y lo veréis.*

*Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquél día con él. Eran como las cuatro de la tarde.*

*Uno de los dos que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Encontró Andrés en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo:*

*– Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo)”*

Jn 1, 35

1. Una sobriedad que dice mucho. Ver, estar, seguirle.
2. Un dedo que señala a otro. La mediación de los testigos.
3. La pregunta decisiva: ¿Qué buscáis?
4. ¿Dónde encontrarnos con Jesús hoy? ¿Dónde vives? No hay otro camino que ir y ver: la experiencia personal.
5. Se quedaron con Él aquel día. Un día es una vida.
6. Un encuentro contagioso, origen de nuestra vida común y de nuestra misión.
7. Un horizonte y una identidad: ser esposas de Jesús, Redentor. Vivir el “exceso de amor” en el día a día.

### **Para la oración personal:**

- a. ¿Cómo es en estos momentos mi búsqueda amorosa de Jesús? ¿activa, apasionada, con resistencias, estancada...?
- b. ¿Dónde estoy encontrando al Señor de una manera especial en este momento: en la oración, en la obediencia, en el trabajo, en esa dificultad que tengo, en la paz del corazón, en la comunidad...?
- c. ¿Cuáles son mis experiencias de “cuatro de la tarde” respecto a Jesús? ¿Qué avatares han sufrido? ¿Cómo las estoy viviendo en estos momentos?
- d. ¿Cómo vivo en lo cotidiano este “exceso de amor”, esta vocación a la que soy llamada? Dificultades y caminos.

## **1. Una sobriedad que dice mucho. Ver, estar, seguirle.**

La invitación esta mañana es a sumergirnos directamente en este relato. No tanto a explicarlo. Cuando el evangelista cuenta el encuentro de Jesús con aquellos hombres cuenta lo esencial. No se pierde ni en detalles ni en anécdotas. No nos explica qué sintieron aquellos, qué pensaron, quiénes eran, cuáles eran sus circunstancias. Nos cuenta mucho con lo que nos dice y también con lo que calla. Nos coloca como discretos espectadores en la escena. Para que nosotros seamos también mirados por él, para que nosotros oigamos también de labios de Jesús sus palabras: “Venid y lo veréis”. Lo primero que nos llama la atención es la sobriedad del encuentro. Más que palabras se trata de miradas: Juan el bautista ve a Jesús y anuncia. Jesús ve que le siguen y pregunta. Los discípulos van y ven dónde vive Jesús. Andrés ve a su hermano Simón y confiesa. Todo este texto podría resumirse telegráficamente de acuerdo con los verbos que emplea: ver, buscar, encontrar, quedarse con él, seguirle.

Quizá esta sobriedad nos está sugiriendo que lo más importante en el encuentro con Jesús acontece en lo profundo del corazón. En ese lugar de sin palabras donde la presencia de Jesús aparece con toda su autoridad. El encuentro con Jesús surge cuando confluyen dos silencios: el de Jesús y el mío. Cuando nuestro silencio pequeño es alcanzado, habitado y conducido hacia su silencio mayor. Cuando nuestro pequeño corazón se siente sobrecogido ante el corazón inmenso de Jesús.

Nos dice el texto que aquellos hombres se quedaron con Jesús ese día. A nosotros nos gustaría saber qué hicieron, qué les contó Jesús, qué les cautivó tanto el corazón como para que exclamaran con asombro: “Hemos encontrado al Mesías”. Lo que pasó entre aquellos hombres y Jesús queda en lo más hondo de su recuerdo. Se convirtió en una brasa que arderá a lo largo de toda su vida, a lo largo de todo su seguimiento.

Este día de retiro queremos volver también nosotras sobre aquel primer encuentro. Pero no para recordarlo con añoranza o con nostalgia, no para vivir de las rentas. Sino porque a la base de toda nuestra vida, de nuestra liturgia, de nuestra vida de oración o de comunidad, de nuestro trabajo, de nuestro ser concepcionistas está esta experiencia de encuentro con Jesús. Sin esta experiencia todo lo demás carece de luz y de sentido. Con ella, nuestras dificultades y sufrimiento, también nuestras alegrías, encuentran un por qué pero sobre todo un por quién.

En el comienzo de nuestra vocación hay una seducción. Un autor dijo que lo nuestro es una “opción previamente seducida”. Si esa seducción nuestra opción comienza a marchitarse, carece de savia, de vida. Por ello nos va tanto el cuidar el corazón, cuidar nuestra pertenencia porque la vida y el día a día pueden irnos despistando, puede hacer que en nuestro corazón vayan apareciendo otras pertenencias menores que se nos cuelan sin darnos cuenta a veces. Ni la vida activa ni la vida contemplativa está libre de estas adherencias, de estos desencuentros. Sorprendernos en ellos una y mil veces nos puede ayudar no a desanimarnos sino a hacernos más humildes y a reconocer más de verdad que quien carga con nuestra relación es él. Es su perdón, su misericordia y su fidelidad. Ojala que este día de retiro sea para entrar en nuestro silencio y encontrar a Jesús en él y no solo nuestros ruidos, nuestros miedos o nuestra rutina. Eso es lo que le pedimos con toda humildad y confianza.

## **2. Un dedo que señala a otro. La mediación de los testigos.**

“Este es el cordero de Dios”. Todos tenemos experiencia de que en nuestro encuentro con Jesús hubo dedos que señalaron: “éste es”. Personas que con palabras o con su vida nos indicaron dónde mirar y a dónde dirigirnos. Así son los buenos testigos. Los malos testigos roban la atención

o se quedan con una porción de reconocimiento. Juan el bautista sabe que conviene que él quede a un lado para que otro aparezca con toda claridad. Por eso en este relato después de indicar a sus discípulos a Jesús, Juan el bautista desaparece definitivamente de la escena.

En este retiro queremos volver a la raíz de nuestro seguimiento a Jesús, a esa primera experiencia que nos cogió el corazón. Y aquí no podemos menos de reconocer que nuestra historia de amor con Jesús está plagada de testigos, de personas que nos han acompañado y nos siguen acompañando en esta historia nuestra de relación con Jesús, gozada, sufrida, agradecida y mil veces perdida y recuperada. Mirar nuestra historia de relación con Jesús es mirarles a ellos y a ellas. Aquellos testigos de la hora primera cuando jóvenes. A esos otros que nos hemos ido encontrando a lo largo del camino y todos esos que continúan siendo para nosotras un dedo que señala, no a ellos, sino a Jesús: “Éste es”, miradle a él. Testigos que con palabras o sin ellas nos están diciendo “Hemos encontrado al Mesías”. Testigos que nos han ido sosteniendo cuando nuestro primer entusiasmo tuvo que ser contrastado con la experiencia de limitación y pecado, propia y ajena. Testigos que han ensanchado nuestra fe, la han hecho más madura, más cercana a la Palabra. Testigos que han estado ahí en nuestros momentos de fragilidad física o psicológica. Somos con ellos y con ellas. Y resulta que en el texto quienes comenzaron recibiendo el testimonio de Juan el bautista acaban siendo ellos mismos testigos. Porque la fe se contagia.

Recordar a los testigos de primera fila, aquellos que tenemos muy presentes y que agradecemos mucho y recordar a los otros testigos discretos, los de retaguardia. Aquellos que quizá estuvieron en su momento y luego desaparecieron. Y entre esos testigos, ¡cómo no! Tener también muy presentes a las de casa. A las hermanas que con su vida siguen diciéndonos: “Hemos encontrado al Mesías”.

Y quizá ésta sea precisamente la misión de la vida contemplativa: anunciar que nuestra razón de ser es que hemos encontrado un amor lo suficientemente grande como para dejarlo todo y seguirle. Y que ese amor se ofrece a todos en sus distintas formas. Nuestra vocación nace el día que aceptamos esa invitación de ir y ver. Aquellos se quedaron con Jesús ese día. Para nosotras ese día es toda una vida. Una vida que tiene mucho de quedarse, de intimidad y mucho de ir detrás de él, de itinerancia. Nuestra vida es un testimonio de que “éste es”. No nos anunciamos a nosotras mismas sino a éste Jesús que es capaz de colmar el corazón de un ser humano. Los contemplativos sois en el corazón del mundo el testimonio de que se puede vivir de un amor que sin dejar de arder no llega a agotarse nunca. Que vuestro testimonio sea más o menos coherente, más o menos escuchado es otra cuestión. Lo que a vosotras os toca es señalar a otro: “Este es el cordero de Dios”. Dichosos los que invitados a este banquete no se pierden en excusas.

### **3. La pregunta decisiva: ¿Qué buscáis?**

No nos cuesta reconocer que nuestras búsquedas han estado y están llenas de ambigüedad. ¿Qué buscábamos cuando el Señor nos cautivó? Cualquiera sabe. Seguramente que nuestras búsquedas estaban llenas de expectativas, de idealismos, de sensaciones difíciles de explicar. Algo ardía en nuestro corazón aunque no sabíamos muy bien qué. ¿Deseos de perfección, de una vida más entregada? ¿intimismos? ¿generosidad de un corazón joven que no calcula? Acaso una mezcla de estas y otras cosas. Con el tiempo, con la experiencia, con los años, nuestras búsquedas han ido cambiando, porque también hemos ido cambiando nosotras. Quizá busquemos lo mismo pero ahora ya de otra manera.

La historia de un creyente es la historia de su búsqueda personal. Heridos por un amor primero corremos tras la búsqueda de quien nos dejó semejante impacto en el corazón. No se que uno en su día buscó y ya está. Es que no podemos dejar de seguir buscando y ¡Ay de nosotros si

pensamos que ya no nos queda apenas nada por encontrar! Nuestras búsquedas se han ido purificando con el tiempo. Nos hemos sorprendido muchas veces buscándonos a nosotros mismos cuando decíamos buscar al Señor. Más nuestro beneficio o nuestro prestigio que la verdad que nace de la relación con Jesús. Se suponía que todo lo hacíamos por el Señor pero ese Señor, muchas veces, era la excusa de nuestras iniciativas y trabajos o de nuestras propias “santidades”. Muchas veces a lo largo de estos años hemos tenido que reorientar nuestras búsquedas. Nos hemos dado cuenta de que no le estábamos buscando por el camino adecuado o de que era hora de buscarle de otra manera.

Hay momentos de luz en los que buscamos a Jesús y nos es dado encontrarle con cierta facilidad. Tiempos en que sus palabras resuenan en nuestro interior con una fuerza capaz de movilizarnos, de alegrarnos, de hacernos más entregadas a los demás. Hay esos momentos en los que nos resulta casi espontáneo conectar con Jesús y no hay por qué sospechar de esta experiencia. Más bien agradecerla y admirarnos de que el Señor tenga a bien darnos tantos regalos. Nuestra vida, como la de cualquier persona busca su felicidad y su plenitud y nosotras la encontramos ahí con el Señor.

Este texto recoge el momento del encuentro del discípulo con el Señor. Ese momento inicial en el que el corazón se fía y comienza el camino del seguimiento. Pero tras ese momento, que podríamos llamar del enamoramiento, llega toda una vida en la que nuestra relación con el Señor va cambiando. Con él tenemos que atravesar al menos estas zonas:

- La zona del realismo: de que las cosas no son como las había soñado o como me gustaría. Más aún de que yo no soy como quisiera. Y ese realismo nos va devolviendo el poder de nuestras limitaciones: limitaciones físicas, de salud, de nuestro carácter, de nuestra psicología... Aquella relación con el Señor tiene que atravesar estas zonas para llenarse de realismo, para madurar. No puede ser una relación infantil.
- La zona de nuestra falta de fe y de nuestro pecado. Más al fondo de lo anterior, no sólo me descubro limitado sino también pecador. Y no porque haga este o aquel pecado sino porque en mi descubro mi dificultad radical de amar, de esperar, de creer. Me sorprende una y mil veces en mi “no puedo”.
- La zona del conflicto, de la crisis y de la prueba: En toda relación hay mucho de gratificación pero también existe el conflicto. Y en la relación con Jesús también lo hay. ¿O es que no nos hemos enfadado nunca con Jesús? ¿O es que no hemos vivido con él largos tiempos de aridez? ¿O es que no se nos ha escapado nunca un ¿Y esto por qué?? Hay veces en las que la vida pone a prueba nuestra fe. No las afirmaciones de la fe, pero sí el sentimiento de la fe. Nuestra relación con el Señor tiene que atravesar estas zonas. Los místicos hablaron de noches (la noche de los sentidos y la noche de la fe).

Con todo ello nuestra fe va ganando en realismo, cada vez más vamos aprendiendo a confiar. Cuando uno experimenta su “no poder” le que quedan dos opciones: o cerrarse en su impotencia o abrirse al poder de Dios. Y así nuestra fe y nuestro amor a Jesús se hace más humilde. Sabemos que toda pretensión de merecer su amor es puro fariseísmo, que nosotros nunca estaremos a la altura de su amor, que todo lo más importante de nuestra vida y de nuestra relación es gracia y por tanto algo inmanipulable.

Si nuestra relación con el Señor es una relación viva va a ir atravesando éstas y otras zonas. También nos vamos a encontrar con momentos en los que las búsquedas se serenán, se sosiegan y se simplifican. Vamos a ir descubriendo que, en realidad, es Él quien nos ha estado buscando sin cesar a nosotros (como el pastor de la parábola o la viuda que insiste al juez o el amigo que va donde el vecino a pedirle pan para el peregrino).

Poco a poco va enraizándose en nosotras el sentimiento de pertenencia. “Soy tuya”. Y esta afirmación que en los comienzos está cargada de generosidad, con el paso de los años va avalada

por una historia de relación entre Jesús y yo. Una historia en la que Él pone su fidelidad inquebrantable. Hasta poder decir con San Pablo “En la vida y en la muerte somos de Dios”. Y esta experiencia nos asoma a esa experiencia de santa Beatriz de Silva: “Somos desposadas con Jesucristo redentor”. Lo que nos identifica y nos define no es lo que hacemos, lo que rezamos, lo santas que somos sino este amor que nos ha tomado para sí, en la vida y en las situaciones de oscuridad y de muerte. Un amor imperfecto y pecador, el nuestro y por tanto un amor perdonador y redentor, el suyo.

Hoy también Jesús nos pregunta: “¿Qué buscáis? ¿Qué buscáis cuando me buscáis a mí? ¿Cómo es vuestra búsqueda? ¿apasionada, rutinaria, desgastada, esperanzada? ¿Dice tu vida que me buscas? ¿Sabes que realmente me buscas porque has sido encontrada?”

#### **4. Maestro ¿dónde vives? ¿Dónde encontrarte? No hay otro camino que ir y ver.**

Aquellos discípulos fueron y vieron. A veces a nosotros nos gusta más hablar sobre las cosas que vivirlas. O creemos que saber es ya vivir. A nosotros se nos invita hoy a ir y ver. A no quedarnos encerrados en nuestras rutinas, pero tampoco en nuestras indecisiones. Ir y ver en la relación con Jesús. Ver dónde vive Jesús para nosotros hoy. Un día vivió en la oración personal sobre todo, en otro momento estuvo más presente en la oración de la Iglesia a través de la liturgia, otras veces pasó por la formación que me ayudó a llenar de Palabra mi relación subjetiva, espontánea. Otras veces pasó por mis tareas o puestos de responsabilidad o por el servicio humilde o por la aceptación de las hermanas tal y como son o por aceptarme a mi y mis limitaciones. Nos toca ir a dónde el Señor habita para nosotros en cada momento.

Más al fondo ir y ver cómo es hoy mi relación con el Señor y volver de nuevo a retomarla si la he perdido y se ha enfriado. Ir y ver si esa relación está viva y lo que me toca es recibir humilde y agradecidamente. Ir y ver si esa relación se está purificando en estos momentos. Pero ir.

#### **5. Se quedaron con Él aquel día. Un día que es una vida**

Nuestra vocación consiste en permanecer con Jesús. Permanecer en la oración, sí, pero permanecer en todo el conjunto de la vida. En los pequeños servicios, en el trabajo y en el descanso, en la conversación y en el silencio, en la juventud y en la vejez. Quizá lo que define a la vocación contemplativa sea esta gratuidad. Estar con Jesús ¿para qué? Para estar. Que eso luego tenga consecuencias positivas para la vida, tanto mejor, pero lo nuclear es estar. Y tenemos que reconocer que nos cuesta estar. Y tenemos que contar con ello. Nos cuesta estar, nos cansa estar, no siempre estamos en las mejores condiciones anímicas o físicas para estar. No siempre estamos con el corazón. Seguro que el Señor cuenta con eso. Es un estar que se parece a mantener la atención amorosa hacia el Señor aunque una ande de aquí para allá. A veces nos tocará hacer tantos trabajos que el corazón se nos dispersará y añoremos un momento de paz para volver donde el amado. Y entonces descubriremos que lo importante es hacer la voluntad del Padre. Que a veces nos lleva a la quietud y a veces nos zarandea de aquí para allá.

Nos toca aprender a estar con el Señor haciendo su voluntad o al menos buscándola. En nuestra vida hay momentos de “cuatro de la tarde”, momentos tan intensos que se nos ha grabado en la memoria incluso el lugar y la hora. Momentos en los que la presencia de Jesús se nos hace cercana, entrañable. Momentos en los que Jesús se nos hace el Señor de nuestras vidas. Y también hay momentos en los que solo escuchamos nuestro ruido interior o solo a nosotros mismos y a nuestras preocupaciones o agobios. La vida es el conjunto de ambos momentos. Los unos nos enseñan donde está nuestra riqueza. Los otros dónde nuestra pobreza y qué podemos hacer con ella. Un día es una vida nos anima a vivir cada día con pasión, aunque el día de hoy sea parecido al de

ayer. Porque hoy voy a estar contigo Señor, en la oración y en cada encuentro fraterno.

## **6. Un encuentro contagioso, origen de nuestra vida común y de nuestra misión.**

Juan el Bautista llevó a sus discípulos a Jesús. Andrés le acercó a Jesús a su hermano Simón. Felipe hizo lo mismo con Natanael. En este sencillo gesto se nos explica dos cosas importantes. Una que la comunidad consiste en esto: en llevarnos unos a otros a donde Jesús. En que lo que da razón de ser de nuestra comunidad es lo que dice el salmo: “Este es el grupo que busca al Señor, que viene a tu presencia, Señor”. Nos llevamos unos a otros donde Jesús de diversas formas: cuando nos hacemos la vida más agradable, cuando practicamos el perdón, cuando somos capaces de salir de nosotros mismos y preocuparnos de verdad por el otro, cuando oramos por él, cuando confesamos con sencillez como fue que nos encontramos con el Mesías. Cuando compartimos búsquedas y encuentros. Cuando nos encontramos entre nosotros. Todo esto tiene algo de contagioso. Una comunidad no se hace a golpe de decreto sino a toque que contagio. Si tú estás centrado me ayudas, si te veo buscar, me animo a buscar. Muestra misión en la comunidad y en el mundo es confesar: “Hemos encontrado al Mesías” y tratar de contagiar con esta experiencia.

## **7. Un horizonte y una identidad: ser desposadas con Jesucristo Redentor. Vivir el “exceso de amor” en el día a día.**

Ser “desposada” alude a una relación de amor interpersonal hasta llegar a la comunión. Y “Jesucristo Redentor” nos está hablando del Cristo Pascual. ¡Casi nada! ¿Se puede vivir esto? ¿No será una exageración? Sí, es una exageración. Es un amor exagerado el que Jesús quiere mantener con cada una de nosotras. Desde nuestra pequeñez todo nos queda absolutamente grande. Desde lo que el Señor ha querido hacer en nosotras no puede sino causarnos sobrecogimiento, admiración y vértigo. Y a la vez agradecimiento y confianza. Nuestra vocación es un horizonte porque es lo que queremos vivir, hacia lo que aspiramos. Pero es también nuestra identidad, lo que ya somos. Aunque seamos más pecadoras que nadie. No es mérito nuestro ser en el seno de la Iglesia desposadas con Jesucristo. Hemos sido hechas. Y nuestra vida consiste en mantener día a día este asombro. ¡¿Por qué nos amas así Señor?! Nuestra vocación consiste en recibir cada mañana este amor inmerecido. Y dejar que nos empape y que empape nuestra vida, nuestras reacciones, nuestras relaciones comunitarias. Del corazón de santa Beatriz de Silva nos brota una palabra firme: “Atrévete a creer esto, atrévete a vivirlo”. Y vivirlo es recibirlo cada mañana. “Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él. Sería las cuatro de la tarde”. Y el reloj quedó ahí parado el resto de sus vidas.

